

COPIHUES ENTRE ORQUÍDEAS: MUJERES CHILENAS EXILIADAS EN COSTA RICA (1973-2003)

Marisol Gutiérrez Rojas

Dedicado a la memoria de Sara Astica

RESUMEN

El presente artículo es un acercamiento cualitativo a la experiencia del exilio vivida por mujeres chilenas en Costa Rica quienes, además de hacer de sus prácticas cotidianas espacios llenos de significaciones, se insertaron de forma productiva y reconocida en suelo costarricense.

Palabras clave: Mujer- exilio- inserción- posexilio- retorno.

ABSTRACT

This article deals with a qualitative approach to a living experience of Chilean women in Costa Rica. They were successful not only in their daily activities but also in the way they succeed professionally in this costarrican experience.

Keywords: Woman- exile- insertion- post exile- return.

INTRODUCCIÓN

*De cuanto hemos llamado nuestro,
¿qué perdura?*

*Ay, solo aquello que vive
en la melancolía del recuerdo.*

*Solo aquello que el corazón
salvó de ser destruido.*

*Isaac Felipe Azofoifa,
Largo mensaje a Chile
por medio de Juvencio*

“Mi país inventado” es el nombre que la escritora chilena, Isabel Allende, da a uno de sus últimos libros. La mención viene al caso porque los títulos son semilleros de sentido e indicadores del paisaje que nos saldrá al encuentro en el camino de la lectura.

Alguien posee un país que, por razones distintas ha inventado, es decir, imaginado, creado, descubierto o hallado. Alguien requiere de la invención para encontrar asidero, para sentirse poseedor de algo, al menos de recuerdos. Y los recuerdos son precisamente un inventario de aquellos sucesos, olores, canciones, imágenes que nos han sido especialmente significativas, tanto en el dolor como en la dicha, en el pasado remoto y en el reciente. Los recuerdos son una evidencia de vida, por lo tanto, una pócima contra la muerte.

En el año 2003, se cumplieron treinta años del golpe militar en Chile que destituyó al gobierno de Salvador Allende, situación que provocó una diáspora de su población hacia distintos puntos del orbe, entre estos, Costa Rica.

Tres décadas después, sopesamos el entretejido de vivencias derivadas del exilio y del

diálogo cultural que se generó con “esa nueva cepa en tierra tica”, como llamó don Isaac Felipe Azofeifa a la comunidad chilena, en ocasión de un reconocimiento que esta le hiciera en 1994. ¿Cómo se construyó esa experiencia humana llamada exilio?, ¿cómo fue el diálogo sociocultural chileno-costarricense?, ¿cuál es el balance de esta experiencia? Asimismo, ¿cómo afectó el exilio al núcleo familiar? ¿fue distinto el exilio para las mujeres? ¿qué pasó con las nuevas generaciones? Estas y otras preguntas surcaron una serie de entrevistas sostenidas a lo largo de un semestre con mujeres chilenas profesionales reconocidas, tanto entre sus compatriotas como en el ámbito costarricense, por su compromiso político y social así como por sus aportes en los ámbitos específicos de su quehacer en el arte, la salud o la academia.

Sobre el andamiaje de sus recuerdos, más la consulta de álbumes fotográficos, boletines, actas de organizaciones, artículos de revistas, correos electrónicos, videos y literatura de creación, hacemos esta lectura sobre un segmento del exilio chileno en Costa Rica.

DIÁLOGO SOCIOCULTURAL

La tensa situación política vivida en Chile a partir del año 1973, que tuvo como origen el golpe militar que destituyó al gobierno de Salvador Allende, provocó una diáspora de su población hacia distintos puntos del orbe, entre estos, Costa Rica.

Cientos de chilenos, de género, edades y ocupaciones distintas llegaron a engrosar la colonia ya existente, pues entre ambos países, ha existido un afecto entrañable construido a base de intercambios intelectuales, parentelas y proyectos de futuro marcados por la justicia social.

El exilio no era una condición desconocida en Costa Rica. Figuras importantes de nuestra vida política y cultural han salido al exilio, pero también venezolanos, centroamericanos, algunos españoles y otros suramericanos han visto a Costa Rica como destino. Sin embargo, el impacto de la migración chilena ha sido particular por

su número (cerca de tres mil personas) y por su inclusión (también alta) en sectores sensibles de la vida cultural del país: las artes y la academia.

A lo anterior deben sumarse las particularidades del contexto sociopolítico de la década de los setentas, tanto a nivel centroamericano como nacional. Eran días de efervescencia política, de solidaridad, de mística y grandes utopías. Recientes en la memoria estaban la guerra de Vietnam, mayo del 68, los primeros pasos de la consolidación de un nuevo modelo político en Cuba, los movimientos estudiantiles que llegaron a su punto álgido con las revueltas de Tlatelolco y, en Costa Rica, con las manifestaciones en contra de la aprobación del contrato con la Aluminium Company of America (ALCOA). En el caldeado escenario centroamericano, el secuestro de un avión de LACSA para liberar a Carlos Fonseca Amador, fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, preso en Costa Rica, y el involucramiento cada vez mayor con la insurrección nicaragüense para derrocar la dictadura somocista marcan importantes momentos.

Este fue un caldo de cultivo para la solidaridad, no solo política sino también estética y académica. La confluencia de intelectuales del sur y del centro de América en suelo costarricense, marcó un hito en nuestra historia cultural, que en esa década vivía la fundación de entidades culturales claves como el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, la Compañía Nacional de Teatro, la Compañía Nacional de Danza, la Orquesta Sinfónica Juvenil, el Departamento de Cine, el Sistema Nacional de Radio y Televisión Cultural (SINART); y tres importantes universidades públicas: el Instituto Tecnológico, la Universidad Nacional y la Universidad Estatal a Distancia. En la consolidación de todas estas instancias, los chilenos tuvieron una participación destacada.

En el plano académico, la educación superior costarricense reconoce los aportes de Juan Durán Luzio, Dina Krauskopf, Gastón Gaínza, Ivette Inostroza, Bernal Ponce, Helio Gallardo, Armando Campos Santelices, Carlos Santander, Juan Katevas y Edmundo Serani, entre muchos otros. Su labor ha rebasado la docencia, la investigación e importantes cargos directivos, muestra

de esto son sus numerosas publicaciones y los premios recibidos.

Asimismo, en el campo artístico, en la recientemente fundada Compañía Nacional de Teatro, la incorporación del contingente chileno, que sobrepasó el número de 20, entre actores, actrices, escenógrafos y directores, incluyó nombres como Carmen Bunster, Rodrigo Durán, Marcia Maiocco, Víctor Rojas, Sara Astica, Marcelo Gaete, Alonso Venegas, Fresia Astica, David González, Leonardo Perucci, Mario Alvarez, Alejandra Gutiérrez..

Se enriqueció el movimiento dancístico con la presencia de Elena Gutiérrez y Patricio Primus; las artes plásticas con Osvaldo Salas, Juan Bernal Ponce y la figura prominente de Julio Escámez, quien nos ha dejado murales maravillosos como La ciudad del futuro; y la literatura incorporó a Tatiana Lobo, quien había llegado antes de 1973, a Myriam Bustos con la agudeza de sus cuentos, y a Valeria Varas, con su poesía.

Los recitales poéticos se sucedían pródigos, como aquel en Homenaje a Pablo Neruda en el Teatro Nacional el 2 de octubre de 1977, donde participaron actores y actrices ticas y chilenas; la música a cargo de Víctor y Alejandra Caniffrú en plazas y cafés; las producciones artísticas a cargo de Dionisio Echeverría y las peñas folklóricas en el restaurante La Araucaria, en las que junto al vino y la empanada se forjaban planes de futuro.

Así era la década de los setentas, efervescente. Y así era la Costa Rica a la que llegaron los chilenos, un país de aproximadamente 1.9 millones de habitantes, con el 60% de su población en el área rural. Hoy, en el "renacer de guarías y copihues", Costa Rica se acerca a los 4.4 millones de habitantes, de los cuales el 58% vive en áreas urbanas. El recuerdo convoca a unos tres mil chilenos en la década de los setentas, de esos, dos tercios regresaron a Chile, el resto decidió hacer de Costa Rica su hogar.

EL EXILIO/LOS EXILIOS

Hablar de exilio implica referirse a una experiencia plural. Las historias personales son

distintas, los destinos difieren, las distancias geográficas, lingüísticas, culturales varían. Las políticas de recepción de inmigrantes en los distintos países, así como sus imaginarios en relación con el "otro", son diversos; así como la mirada que de sí misma hace la persona exiliada, que puede verse culpable, victimizada, excluida, marginada, extraña, o a la inversa, afrontar los desafíos del trasplante desde la reconstrucción y rediseño de su vida en aras de la sobrevivencia.

Podemos referirnos al exilio desde la normativa de las acepciones de diccionario y mencionar los significados "separación de una persona de la tierra en que vive"; expatriación generalmente por motivos políticos; efecto de estar exiliada una persona y lugar en que vive el exiliado. Pero las palabras pueden ser cajoneras, puede que no logren captar todas las dimensiones de un suceso que, como este, aún cuando se hayan lamido las heridas, sigue presente en la cotidianidad de quien lo ha sufrido. Por eso, hablar de exilio es aludir a una experiencia de índole personal pero con repercusión en la familia, el país del que salen y el que los recibe, todo esto mediatizado por el paso del tiempo.

El exilio no es solo una separación física, abrupta y violenta de las raíces, del paisaje geográfico. El exilio es también un desgarramiento emocional de los amigos, de la familia, de la cotidianidad. Es un trasplante incierto en un espacio-tiempo extraño, donde hay que aprenderlo todo de nuevo.

La edad de llegada del emigrante también influirá. Las personas adultas ya tienen una historia de vida, muchos recuerdos. La situación del que no puede volver también es particular.

El exilio deja huellas en distintas generaciones; aquellas que regresan al país de origen, las que quedan en el adoptivo, las que nacen en uno nuevo. Las historias de vida se traslapan, se imbrican, se ignoran, se olvidan, pero cualquiera que sea la dinámica, lo cierto es que se construye un nuevo imaginario y el saldo, a pesar de los dolores, y por paradójico que resulte, será siempre un acrecentamiento del acervo cultural y humano.

LAS MUJERES Y EL EXILIO/ EL EXILIO Y LAS MUJERES

La pluralidad, a la que aludimos líneas arriba en relación con el exilio, está también atravesada por la condición de género. La asunción del exilio en sus distintas etapas: emigración, inserción, posexilio y retorno, si lo hay, parece ser distinta para hombres y para mujeres.

El texto general de la historia y la cultura nos habla de una diferenciación desigual en posiciones de mando, funciones, fortaleza física y psicológica, necesidades, autoestima, oportunidades educacionales, laborales, económicas, sociales y políticas.

Estudios realizados en este sentido, una buena parte sobre el caso de las chilenas en Canadá, país donde la migración fue muy grande, dan cuenta de una diferenciación (Pilowsky y Torres 2000; Freire 2001). Lo ocurrido en Costa Rica no varía sustancialmente. Dina Krauskopf, psicóloga clínica, señala: "El exilio para las mujeres es diferente. Los hombres tienen una identidad basada en lo público. Muchos llegaban y hablaban de lo que habían sido y los cargos asumidos; realmente pensaban que eso les daba un lugar acá. Su identidad estaba muy aferrada a ese pasado.

Las mujeres, muchas, habían tenido realización pública, pero tenían la experiencia (y finalmente una fortaleza) de que lo público no había sido lo fundamental. Ellas no tenían ese combate. Había una naturalidad en las mujeres y en los hombres una mayor sensación de pérdida de referentes sociales. A ellas les parecía bien cualquier puestito que encontraran mientras que los hombres se resistían cuando recordaban lo que habían sido en Chile.

Había una fragilidad en los hombres. Las mujeres resuelven la parte pragmática del día a día. Muchos más hombres que mujeres se regresaron".

¿Cómo se ha construido esta experiencia humana? ¿Cuáles han sido los sentidos? Conversamos con un grupo de mujeres radicadas en el país, que además de hacer de sus prácticas de la vida cotidiana, espacios llenos de significaciones y simbolismos, se insertaron de forma

productiva y reconocida, a través de sus ocupaciones profesionales, en el teatro, la literatura, la docencia y la investigación universitarias, así como en la fundación de centros de cultura binacional. Su particular sensibilidad y su conciencia crítica y estética, les hizo ser protagonistas activas del acontecer histórico, antes, durante y después de los sucesos que ocasionaron el exilio.

Con todas ellas efectuamos una serie de entrevistas que nos permitieron, a la vuelta de treinta años, reconstruir el proceso de trasplante abrupto llamado exilio, y las posibles diferencias y particularidades según el género.

Sus casas y sus recuerdos se nos abrieron con una generosidad extraordinaria. Con algunas, estas conversaciones fueron el primer contacto, con otras, actividades comunes de índole laboral o de estudios nos habían reunido en otros años. Lo cierto es que todas y cada una de ellas han sido como ventanas por las que nos asomamos a un mundo mejor. Ellas son:

Engracia Gómez Rius: Enfermera

Española de nacimiento, vive su primer exilio a la corta edad de dos años. Llega a Chile en el famoso "Barco de la esperanza", el Winnipeg. Esa experiencia marcó su vida y la comprometió en importantes tareas sociales. Su quehacer profesional lo desarrolló en gestiones de salud pública y como regidora de Aysén. Llega a Costa Rica en 1974. Se incorpora al Colegio de Enfermeras y efectúa una labor destacada en la Clínica Solón Núñez de Hatillo, en la consulta de niños. Su nombre está ligado a la fundación del Centro Cultural Costarricense Chileno y de la Casa Chile. Luchadora incansable por el respeto de los derechos humanos, promotora de acciones de solidaridad y gestora de actividades culturales, ha sido siempre una figura central en las actividades del exilio chileno en Costa Rica. Tres de sus hijos, dos mujeres y un hombre, viven en Costa Rica; un hijo volvió a Chile.

Sara Astica: Actriz

La historia del teatro chileno debe registrar su nombre a partir del año 1956, con una agenda actoral que supera los cien montajes.

Asimismo, la televisión (programas educativos, culturales, teleseries, teleteatros) y la cinematografía chilenas (La Caleta, Aborto, El Angelito, Valparaíso mi amor, En este pueblo no hay ladrones) tienen en Sara Astica un referente. En 1975 llega a Costa Rica. Se integra de lleno al quehacer teatral, tanto en la actuación como en la docencia; participa en todas las compañías profesionales costarricenses (Teatro Nacional, Teatro del Angel, Teatro Arlequín y Teatro Universitario) y en 1980, se incorpora al elenco estable de la Compañía Nacional de Teatro. En 1976 funda con Marcelo Gaete la compañía profesional Teatro Surco, con la cual efectuaron montajes inolvidables y obtuvieron reconocimiento nacional e internacional. Su aporte al quehacer teatral incluye también el establecimiento de las salas de teatro La Comedia (1991-2001) y La Esquina (2001-2002). En tres ocasiones ha sido reconocida con un Premio Nacional: Mejor Actriz de reparto 1975 y 1978 y Mejor Actriz 1979. Dos de sus hijos viven en Costa Rica, dos regresaron a Chile y una hija vive en Estados Unidos.

Rosita Zúñiga Quiroga: Actriz y periodista.

En Chile había empezado a desarrollar su trabajo profesional de actriz de teatro y televisión. Llega a Costa Rica en 1974. En este país ha participado en más de cuarenta montajes teatrales; ha incursionado exitosamente en televisión y radio como creadora, guionista, productora, conductora y locutora de diversos programas, tareas que han sido reconocidas con premios. Asimismo, ha participado en producciones cinematográficas costarricenses, conducido por cinco años consecutivos la ceremonia de entrega de los Premios Nacionales en el Teatro Nacional y trabajado como docente en el Centro de Locución del Instituto Nacional de Aprendizaje. Su hija costarricense decidió estudiar en Chile, país donde reside.

Valeria Varas Rojas: Poeta, antropóloga, diseñadora gráfica

Llega a Costa Rica en 1975. Cuatro años de diseño industrial con énfasis en gráfica, cursados en la Universidad de Chile, Valparaíso,

constituyen el punto de partida de una formación profesional que culmina con una maestría en Antropología, de la Universidad de Costa Rica, para la que prepara actualmente la tesis "La construcción de la tradición de violencia política y paz en Costa Rica". Su currículum comprende, además, la participación en investigaciones sobre los pueblos indígenas costarricenses, tradiciones culturales, preservación del medio ambiente; consultorías con organismos nacionales e internacionales que incluyen la preparación y validación de materiales didácticos en el campo de los derechos humanos; y una extensa y reconocida producción como diseñadora gráfica por la que se le ha otorgado el Premio Nacional a la mejor portada de libros, convocado por la Editorial Costa Rica (1983), y el Premio Centroamericano de logotipo, convocado por el Consejo Superior Universitario Centroamericano, CSUCA (1997). En el campo literario, su obra comprende, entre otros, los poemarios Cantando me defiendo (1990) y Este oficio de mirar la aurora (1993) y los libros de cuentos, elaborados junto con el profesor indígena cabécar Severiano Fernández, de los que ha habido ya varias reimpressiones, Historias cabécaras N° 1 (1989) e Historias cabécaras N° 2 (1989). Sus dos hijos nacieron y viven en Costa Rica.

Myriam Bustos Arratia: Escritora

Llega a Costa Rica en 1974. Atrás quedan muchos años de labor docente, una producción intelectual importante que incluye textos didácticos, ensayos sobre literatura y lingüística, y dos libros de cuentos galardonados con el Premio Gabriela Mistral de la Municipalidad de Santiago de Chile: Las otras personas y algunas más (1971) y Tribilín prohibido (1974). Durante sus primeros años de exilio, mantiene en los periódicos Excelsior, La República, La Nación y el semanario Universidad, distintas columnas sobre el uso correcto del idioma y la crítica literaria. Su vínculo con los procesos educativos lo continúa a través de una fructífera labor como productora académica en la Universidad Estatal a Distancia (UNED). En 1975 obtiene el segundo premio en el Primer Concurso de Novela Corta convocado por el Instituto Venezolano de Cultura

Hispánica, por su obra *Tábula rasa*; en 1978, gana el Primer Premio de Cuento en los Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, Guatemala, por su obra *Que Dios proteja a los malos*. Ha sido distinguida con el premio único de cuento en el Certamen UNA-Palabra, convocado por la Universidad Nacional de Heredia, por el libro *Del Mapocho y del Virilla* (1980) y el Premio Nacional Aquileo Echeverría de cuento, convocado por el Estado costarricense, por *Una ponencia y otras soledades* (1999). Myriam Bustos, además de ser una destacada cuentista, es miembro de dos importantes consejos editoriales: Suplemento Libros, del Semanario Universidad y la Revista Nacional de Cultura de la Universidad Estatal a Distancia. En 1995, es nombrada miembro Correspondiente en el Extranjero (Costa Rica) de la Academia Chilena de la Lengua.

Ivette Inostroza Sotomayor: Bióloga

Llega a Costa Rica en 1974. La mayor parte de su vida profesional la ha desarrollado en este país. Su currículum comprende labores docentes, de investigación, extensión y dirección en importantes universidades estatales de Costa Rica. Como directora de la Escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional (1995-2000) tuvo una labor destacada. Sus aportes en el campo de la educación ambiental se registran además en numerosas publicaciones y ponencias. Su hijo nació y vive en Costa Rica.

Dina Krauskopf Roger: Psicóloga clínica

Nace en Checoslovaquia, país del que emigra rumbo a Chile a muy corta edad, en compañía de sus padres, a consecuencia de la segunda Guerra Mundial. Crece como apátrida hasta la adolescencia, en la que le es concedida la nacionalidad chilena. En el campo de la psicología le tocó vivir etapas pioneras en las que se creó la escuela de Psicología de la Universidad de Chile y el Colegio de Psicólogos; su contribución en la enseñanza comunitaria de la medicina y en la emergencia y desarrollo de la temática sobre la adolescencia y juventud fue otro aporte relevante a Chile.

Llega a Costa Rica en 1974, país donde se ha destacado en el ámbito de la educación

superior en docencia, investigación y extensión. Su currículum incluye la dirección del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica (1987-1991). Esta casa de enseñanza superior la nombra Profesora Emérita en el año 1992.

Ha sido miembro fundador y presidente del Colegio de Psicólogos de Costa Rica, miembro de la Comisión que propuso e inició el Programa de Atención Integral a la Adolescencia en el sistema de salud costarricense, preparó la propuesta y coordinó la Oficina de Primeras Damas de Centroamérica y es parte del grupo que creó la Maestría en Salud Pública con énfasis en Adolescencia y Juventud (2001-2003). Es miembro de la Red de Expertos en Políticas de Juventud de la Organización Iberoamericana de la Juventud y miembro fundador del Grupo de Trabajo de Investigadores en Juventud de CLACSO. Numerosas publicaciones, ponencias y asesorías a nivel nacional e internacional completan su destacada carrera profesional. En los últimos años ha sido frecuentemente invitada a Chile para dar seminarios, conferencias y asesorías. Una hija nació y vive en Costa Rica. Sus dos hijos varones volvieron a Chile.

Tatiana Treguear Lemo: Trabajadora social y psicóloga

Su extenso currículum en tareas vinculadas a la defensa de los derechos humanos, la no violencia hacia niños, niñas, adolescentes y mujeres se remonta a sus quehaceres como docente en la Universidad del Norte, Chile, y la ejecución y dirección de proyectos en las áreas señaladas.

Llega a Costa Rica en 1975. En este país ha sido directora de programas de atención a la infancia, redes comunitarias contra el abuso y el maltrato, albergues para mujeres agredidas y campañas contra la prostitución de menores y turismo sexual. Ha realizado asesorías, investigaciones y tareas de capacitación a nivel nacional e internacional, además de numerosas publicaciones, entre las que se cuentan módulos de trabajo.

Es fundadora y directora ejecutiva de la Fundación Promoción, Capacitación y Acción Alternativa (PROCAL), donde coordina desde

1990 el Programa Atención y Prevención del Embarazo y Abuso Sexual en Niñas y Adolescentes.

Sus tres hijos, una mujer y dos varones, nacieron y viven en Costa Rica.

A través de los encuentros con estas mujeres pudimos entender mejor que el exilio es una permanente tensión entre la destrucción y la construcción: la historia personal interrumpida frente a nuevos (e incluso inesperados) quehaceres, viejos dolores y nuevos amores, sentimientos de culpa y de esperanza, soledad y solidaridad, silencio y protesta.

Con esta tensión a cuestas, tuvieron que lidiar y aún lo siguen haciendo, las mujeres con quienes conversamos. Costa Rica era un país desconocido para todas, alguna referencia idílica tenían, como la ausencia de ejército y un paisaje de intenso verde y lluvias permanentes.

El paso por Costa Rica sería transitorio, pensaban. Sin embargo, el regreso a Chile se convirtió con el tiempo en una fantasía y luego, en una opción. Pero mientras tanto, había que vivir.

“Los cinco primeros años solo fueron echar de menos a Chile. Abrir la ventana y buscar la Cordillera de los Andes que no estaba. Yo pasaba días llorando sin poderme consolar. Marcelo tuvo entonces una actitud bien sabia: “¡ Ya!, nos dijo. Resulta que esto va para largo y vamos a vivir en este país, de verdad, así que me hacen el favor de pescar todas las fotos de Violeta Parra, de Víctor Jara, de Allende, todos los recuerdos chilenos se van a guardar en un baúl con naftalina, los discos de música chilena. Todo. Nada de autocompasión ni estar llorando a gritos y con el recuerdo permanente”. Entonces empezamos a apreciar el país en su cultura, en su historia, con su gente, todo. Y nos dimos cuenta de que no podíamos exigir la Cordillera de los Andes cuando teníamos montañas maravillosas aquí, no podíamos exigir el desierto de Atacama cuando teníamos la selva tropical. Nos dimos cuenta de que estábamos perdiendo una serie de cosas maravillosas del país por este recuerdo que te nubla permanentemente el presente. Y decidimos voluntariamente, los cinco: “basta de

autocompasión, vamos para adelante”. Eso nos permitió deshacer las maletas e instalarnos, y aprendimos que la vida es ahora, aquí y en el presente”.

Estas apreciaciones de Sara Astica, en torno a sus primeros años de exilio, son comunes a otras vivencias. Hay quienes manifiestan una sensación de “estar viviendo en borrador”, de “no encontrarle sentido a la vida”, sobre todo cuando se han quemado las naves y la incertidumbre en torno a cuánto tiempo durará el exilio les acorrala; otras, en cambio, no podían vivir con la idea de la transitoriedad, con las maletas a cuestas, y emprendieron el camino de la desidealización y el repensarse en un espacio-tiempo distinto:

“Resolví el dolor del desgarramiento con una metáfora: hay plantas que tienen raíces aéreas y raíces terrestres. Eso me pasa con Chile y Costa Rica”.

Así, en medio del desconcierto, siguió la vida. Algunas vinieron con hijos y familia; había que matricularlos en el colegio, buscar uniformes, aprender que el “cinturón” en Costa Rica se llama faja; incorporar los plátanos maduros a la dieta diaria porque los niños los habían probado en alguna casa tica y les habían gustado. Extender el exiguo presupuesto que generaban las empanadas, los mil hojas o los panes amasados que salían a vender. “Jugársela”, como dicen los costarricenses, vendiendo libros, enciclopedias, planes de viajes.

Otras tuvieron a sus hijos en Costa Rica, en consecuencia, no había niños que reclamaran haber dejado a sus amigos o su familia, salvo la nostalgia de las madres que se sentían partidas:

“Si bien yo estaba aquí organizando nuestro hogar, todavía en ese momento yo no veía a Costa Rica como el país donde iba a vivir toda mi vida; el proceso de convencerse de eso es muy doloroso. Pero yo decidí de repente que iba a dejar de pensar en volver a Chile, que me iba a quedar aquí y que a mi hijo lo iba a criar como costarricense, porque no quería que creciera pensando que este no era su lugar. Decidí

que él iba a ser una persona psicológicamente sana y que iba a ser costarricense. El asumiría su país y que su padres venían de otro lugar. De esa manera me tranquilicé y empecé una nueva vida”.

Pero también hubo otras mujeres, aquellas que vinieron solas. Mujeres jóvenes desheredadas “de los límites de esa locura llamada nación”, que no tenían la contención -a veces contradictoria y hasta asfixiante- de una familia, de un compañero, de unos hijos o de un partido. Al igual que otros jóvenes, asumieron más rápido que el exilio no era transitorio y empezaron un proceso de inserción en el nuevo medio que, aunque buena parte de las veces en solitario y con dolor, les permitió rebasar esa “sensación de gueto y de permanente melancolía” que acompañaba a la colonia chilena. Hicieron nuevas amistades, continuaron sus estudios, formaron pareja y entraron, probablemente sin darse cuenta, urgidas y urgidos por la necesidad de convivir, en un proceso de cambios culturales y generacionales importantes.

Tarea cotidiana fue el insertarse, el reintentarse o sobrevivir a los recuerdos, a la expulsión:

“No nos fuimos de Chile porque quisimos; a nosotros nos echaron sin derecho a volver hasta 1987. Nos echaron para destruirnos, nos metieron presos para destruirnos. La labor de resistencia que podemos hacer al régimen de Pinochet es subsistir con dignidad. Aquí nadie va a llorar y vamos a echar para adelante”.

Ciertamente hubo quienes se quedaron en el camino, parejas que se separaron, hijos que regresaron o nietos que las ataron al suelo tico y por quienes no querían emprender de nuevo el camino de la separación.

Valeria Varas, en un desgarrador poemario que publicó en el año 1990, logra sintetizar el dolor de esta experiencia, un dolor que se tiñe del recuerdo de lo que vivieron antes de la salida y de una fuerza telúrica que las impulsó a seguir luchando:

“Hoy vida te tomaré por los estribos
y te traeré hasta lo más hondo de mí
y te retorceré el cuello
como tú has hecho conmigo.

Hoy vida

lo juro

con juramento de mujer

torturada

de mujer violada

de mujer despreciada

y de mujer seno

vida

pan

sexo

hijo

te tomaré por donde más te duela

y te enderezaré

para que sirvas a mis propósitos

que no son solo míos sino también los nuestros

te ataré aunque aúlles

como un día yo también lo hice

como hoy muchos lo hacen

como mañana otros lo harán

a lo más hondo y humano

a los más divino y terreno

a los más íntimo y telúrico

a lo más sangrante y esperanzador

a lo más profundo

a lo más querido

a lo único nuestro

a lo mío

a lo de ellos

a lo de todos

a esa loca

e irreverente fe en el mañana”.

Las tareas de resolución de la cotidianidad se unieron al paso del tiempo. Aparecieron, entonces, señas evidentes de arraigo:

La casa

“Creo que la primera cosa que me dio la sensación de que no iba a irme de aquí fue cuando compramos una casita en Sabanilla. Cuando compras una casa en un sitio, ya hay un arraigo”.

Los hijos

“Mi marido se regresó, él quería volver a la política, pero a mí me costaba mucho tomar la

decisión porque aquí tenía mi hogar de nuevo. No quería dejar a mis hijos y ellos ya se habían instalado aquí. Yo amo este país, pero eso no quiere decir que me haya olvidado de Chile”.

La naturalización

“Me nacionalicé en el 80. Muchos chilenos lo miraban con resistencia porque para ellos era como renunciar a las raíces, pero yo he ido asumiendo que debe serse del lugar donde una está. Aquello de las nacionalidades tiene que ver con la idealización y los nacionalismos, donde subyace el argumento de que somos los mejores.

Nosotros salimos después de un consejo de guerra, después de dos años de cárcel.

Yo creo que habernos quedado aquí fue la mejor decisión. Una razón fundamental es la ausencia de ejército, lo que no es meramente formal, eso se traduce en la vida de la sociedad costarricense, en sus condiciones sociales, la protección, la seguridad”.

El desarrollo profesional

“ Como me vine bastante joven, aquí hice toda mi vida adulta, los vínculos con mis amigos de universidad, mi trabajo profesional que es muy reconocido. Es absolutamente claro que yo nací en Chile pero también que tengo más de la mitad de mi vida hecha en Costa Rica. Mis orígenes chilenos son innegables, imborrables, me marcarán para toda la vida, pero es el soporte costarricense el que ha permitido desarrollar todas las actitudes y valores que aprendí en Chile”.

Mantener la familia, en lo material y en lo afectivo, anclarse, construir la vida profesional son tareas que todos y todas compartimos, pero con la marca del exilio es distinto. A esto debe sumarse la condición de género, la que al parecer por los testimonios de estas mujeres, también cuenta.

“Fue una situación horrible. Mi marido no se podía conformar, empezó a tomar tragos, le dio por andar con mujeres. Su ego de hombre exitoso se colapsó. No había una situación de reconocimiento. Entonces dije: ¡Esta casa se mantiene con el papá a como dé lugar! Yo ponía horarios, límites y a ganarse la vida como fuera”.

Ese “ganarse la vida como fuera” condensa una cantidad diversa de actividades, muchas de ellas distintas de la formación profesional de las mujeres y que estas asumieron con “más humildad” que los hombres. Por ejemplo, las empanadas y las arpilleras, hoy quizá una metáfora de la situación, fueron el sustento y el consuelo de muchas familias. Pero es que el “pino” y el hilo se fraguaron en lazos de una afectividad que muchos hombres se niegan y en una “competencia” más de función que de posición. Las mujeres parecían tener “mayor disponibilidad y apertura para insertarse en los espacios que se abrieran y no en aquellos idealizados o donde se cree que debe estarse”. Hay una sensación recurrente de abandono, de soliloquio, de nuevo destierro, que en el caso de algunas parejas se transformó en ruptura: “Mi marido decidió volver a Chile para participar en la política, prefirió dejarnos”. Pero la soledad es común a todas las exiliadas:

“Me da la impresión que vivimos el exilio más solas. Los hombres se juntan y se van al bar. Al comienzo no tomaban vino porque era muy caro, y se pasaban unas cuantas horas, conversando y lamentándose, llorando al estilo hombre, sin lágrimas y ya. Se echaban sus penas afuera y hacían su catarsis. Las mujeres no lo hacíamos así, vivíamos más encerradas en la casa, tratando de lidiar con lo que eso significaba. Surgiendo de la nada, esas tareas nos representaban un esfuerzo bastante grande. Yo echaba mucho de menos a mi familia. Empecé a vivir una época en la que no sabía qué era lo que me pasaba, no podía tragar, pensé que tenía un tumor, entonces fui donde un doctor. El me escuchó y sonrió con mis teorías y me empezó a hacer preguntas que ya no tenían que ver con la salud del cuerpo sino del alma. Me puse a llorar. Cuando le relaté lo que estaba viviendo me sugirió que trajera a mis papás. No se me había ocurrido por lo desubicada que estaba; si yo no podía ir a Chile entonces podía traer a mis papás. Así empecé la tarea de convencerlos para que vinieran a verme. Y se acabó el tumor. Lo que yo tenía era una tremenda depresión y la mejor receta fue que ellos vinieran”.

Ciertamente el exilio por sí mismo no determina las diferencias de género, pero añade componentes que pueden agudizar situaciones que se arrastran:

“Depende de qué mujer y de qué hombre estamos hablando. Si estamos con verdaderos compañeros, es otra cosa. Hay familias donde no ha habido diferencias visibles e importantes y sí las hay en aquellas donde las estructuras internas han sido muy verticales, autoritarias y patriarcales. Ahí al exilio se le suma el agravante de que tenés que hacer todo aquello que hacías en Chile en una tierra distinta a la tuya, bajo patrones culturales diferentes, con menos apoyo, con menos contención familiar, social, organizacional, con más exigencias a nivel de trabajo”.

¿Cómo interpretar y asumir la vida desde la condición de mujer y, adicionalmente, de exiliada? ¿Qué estrategias desarrollar para sobrevivir en lo cotidiano y en lo intelectual? ¿Qué lugar ocupan las ideas y los sentimientos de las mujeres en las confrontaciones espacio público/ espacio privado? Para muchas mujeres el exilio fue, además de un reto, una oportunidad, creada entre otras cosas, por la estabilidad política del país, el desarrollo de instituciones vinculadas a la cultura, las posibilidades de acceso a la educación pública y la apertura laboral en instancias especiales, como las universidades. Si bien es cierto no pueden generalizarse los resultados sobre la base de las entrevistas realizadas, sí se puede concluir que para el caso particular de las mujeres con quienes conversamos, estas coyunturas, fueron significativas para el desarrollo -descubrimiento para algunas- de nuevas potencialidades.

COMPARTIENDO EL EXILIO

Reconstruir la memoria histórica del exilio chileno en Costa Rica implica hablar de algunas instancias de organización que no solo tendieron un puente a las personas migrantes, en términos de brindarles alojamiento, orientación o servir de tránsito hacia un tercer país, sino que

también aunaron esfuerzos en su lucha por la defensa de los derechos humanos, el regreso de la democracia a Chile y por el mantenimiento de los lazos con la patria dado el fuerte sentido de nacionalidad que les unía.

Asimismo, el contacto de estas agrupaciones con sectores de la sociedad costarricense: intelectuales, artistas y políticos comprometidos con los acontecimientos que movilizaban la América de esos días, generó un enriquecedor diálogo cultural del cual quedan aún profundas huellas. Por ejemplo, en ocasión del cumplimiento de los 30 años del golpe militar, Por Chile, instancia que formalmente trabajó una década (1980-1990), vuelve a aunar esfuerzos para rendir homenaje a la memoria de las personas desaparecidas, torturas, exiliadas y reconocer el aporte de todas aquellas que viven en suelo costarricense, en un hermoso acto cultural celebrado en el Auditorio Abelardo Bonilla de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica.

Instancias como la mencionada Por Chile, el Comité Costarricense de Solidaridad con el Pueblo de Chile, el Centro Cultural Costarricense Chileno, el Frente de Mujeres Chilenas Exiliadas en Costa Rica, y más recientemente la Casa Chile, son parte de la memoria de esos días. Asimismo, nombres de costarricenses como Joaquín Gutiérrez, punto de unión entre ambos países, y al decir de su esposa, Elena Nascimento, “exiliado en su propio país”, junto al de Arnoldo Mora, Carlos Morales, Fabián Dobles, Carmen Naranjo, Isaac Felipe Azofeifa, Enrique Mora, Angel Edmundo Solano, y muchas otras personas de la vida política, académica y del arte costarricenses, son puntos obligados de referencia en el recuento de estas vivencias.

Para el caso de las mujeres chilenas exiliadas en Costa Rica, el vínculo con estas agrupaciones fue de presencia permanente. Su apoyo se vio desplegado en gestiones logísticas, consecución de recursos económicos, elaboración de boletines, apoyo a las dirigencias, e incluso, en formas más proactivas e independientes como es la formación de un frente de mujeres.

Por el impacto de sus acciones y la fuerte presencia femenina, nos detendremos seguidamente en tres de estas instancias.

CENTRO CULTURAL COSTARRICENSE CHILENO (1975-1986)

Esta instancia, de carácter político, efectuó una labor de solidaridad no sólo con su patria sino también con las luchas que emprendían otros países centroamericanos: El Salvador, Guatemala, Nicaragua. Las tareas políticas pasaban por la denuncia permanente, la búsqueda de apoyo con las autoridades nacionales, las mesas redondas donde intelectuales y políticos costarricenses y chilenos reflexionaban sobre el legado político de Salvador Allende, el retorno, la situación de Centroamérica. Sus quehaceres se divulgaban y fortalecían a través del Boletín Informativo del Centro Cultural Costarricense Chileno (1978-1986). El logo del boletín, hecho por Osvaldo Salas, expresaba la unión de Costa Rica y Chile, pues era una ollita de barro de Pomaire en la que descansaba la rueda de una carreta típica costarricense. Los textos buscaban influir en la opinión pública mundial y nacional y mantener vivas las raíces y los vínculos con Chile; de esta forma, se encontraban alusiones a efemérides patrias que, como el 20 de agosto, fecha conmemorativa del nacimiento de Bernardo O'Higgins, los reivindicaba como exiliados comprometidos con el regreso de la democracia y el seguir haciendo patria, aunque físicamente lejos estuvieran de ella.

No faltaron las actividades culturales, que incluían las peñas folklóricas, las exposiciones plásticas, de fotografías, de afiches; los cursos de cueca, el apoyo a las presentaciones nacionales y en el resto de Centroamérica del Conjunto Cantos y Bailes de Chile que dirigía Hernando Cárdenas; el respaldo a la comunidad de actores chilenos.

Asimismo:

"El Centro tuvo la virtud de tener siempre presente la cultura costarricense; por ejemplo, presentábamos libros de autores costarricenses y celebrábamos los premios Magón, para lo que ideamos el reconocimiento Magón-Centro Cultural. Ese reconocimiento consistía en una obra elaborada por algún artista chileno (cuadro, repujado, libro). Luego, en la época de la

Casa Chile, se ideó como reconocimiento una pieza de cristal tallado hecha por el chileno Claudio Dueñas, que tenía la forma del copihue. Así homenajeamos a los premios Magón: Arnoldo Herrera, Isaac Felipe Azofofeifa, Lilia Ramos, Manuel de la Cruz González, Joaquín Gutiérrez, entre otros, todos ellos de una manifiesta solidaridad con Chile. Sin duda, el Centro Cultural Costarricense Chileno será el precursor de lo que en la década de los noventa nacerá con el nombre de Casa Chile.

FRENTE DE MUJERES CHILENAS EXILIADAS EN COSTA RICA (1980-1990)

Los inicios de este Frente se remiten al ala femenina del Comité de Solidaridad con Chile, del que se separa luego de una reflexión que pone en evidencia desigualdades de género. Esta instancia más autónoma, abrió a las mujeres un espacio de menor competencia a nivel de protagonismo y posiciones y de mayor funcionalidad. El tejido interno, dado por lazos de afectividad que las unían no solo como exiliadas sino también por la experiencia carcelaria, en el caso de algunas, les dio permanencia a lo largo de una década.

La trabajadora social, Tatiana Treguear, relata:

"Trabajábamos en el ala femenina del Comité de Solidaridad y suponíamos que participábamos en todas las esferas de discusión, de análisis, de hacer y de decisión. Sin embargo, éramos relegadas a un segundo plano, en el sentido de que se nos delegaban funciones asignadas tradicionalmente a las mujeres. En actividades de solidaridad para recolectar fondos, teníamos que cocinar, vender entradas, atender a la gente, mientras los hombres hacían los contactos políticos para que las personas relevantes llegaran. El Comité de Solidaridad tenía un órgano informativo, un boletín, donde también suponíamos que teníamos que participar de manera activa, pero también se nos excluye diciendo que las mujeres no teníamos aún la suficiente madurez política para participar en lo que era la formulación de documentos que iban a ser distribui-

dos y proyectados a la sociedad costarricense. A partir de esas exclusiones repensamos cuáles eran los espacios en que realmente podíamos como personas, y mujeres adicionalmente, contribuir de manera más justa a causas que nos eran comunes y creamos el Frente de Mujeres Chilenas Exiliadas en Costa Rica.

En el grupo había mujeres militantes de partido y otras que no, lo que no significaba que la esencia fuera eminentemente política. Teníamos mucha relación con mujeres de otros exilios centroamericanos: salvadoreñas, guatemaltecas. Trabajamos con familiares de detenidos desaparecidos de ambos países, tarea que nos sirvió para conocer y profundizar sobre la realidad particular de Centroamérica, sobre todo en el área de los derechos humanos. Emitíamos el boletín bimensual *Golondrina* y trabajábamos fuertemente en análisis político y en tareas de orden operativo”.

Casa Chile (1991-hasta la fecha)

Con el retorno de la democracia, en 1990, el presidente Patricio Aylwyn solicitó a las distintas embajadas de Chile que fundaran las Casas Chile, con el objeto de no perder las raíces. Bajo la denominación de Asociación Casa Chile nacerá una instancia que tendrá como fines contribuir al fortalecimiento de la amistad históricamente forjada entre Costa Rica y Chile; dar continuidad, organización e impulso a las diversas actividades e iniciativas que expresan la contribución de los chilenos al desarrollo social, económico y cultural de Costa Rica; brindar diversos beneficios y servicios a sus asociados y fortalecer los nexos que unen entre sí a los chilenos residentes en Costa Rica y sus posibilidades de estudio y comunicación con la realidad chilena. Se retoman los esfuerzos. La presencia femenina en el quehacer de la Casa Chile como en el Centro Cultural es significativa. Se cobran cuotas de ingreso y mensuales a los asociados, se buscan subvenciones, se organizan actividades sociales y culturales, además de la emisión mensual del Boletín Informativo Casa Chile.

“La Casa Chile, cuenta Engracia Gómez, era un espacio para el recuerdo, para el mantenimiento de las raíces. Ya no era de carácter político. Se trataba de que todos los chilenos, no solo los exiliados, sino todos los que estábamos en el extranjero nos integráramos. El primer embajador que tuvo la democracia, Jaime Moreno Laval, hizo todo el intento para que hubiera una sola asociación de chilenos, pero nunca fue posible.. Por ejemplo, la Asociación de Damas Chilenas era un grupo que llevaba años en Costa Rica haciendo labores sociales y de beneficencia, pero ellas no tenían que ver con el asunto de la solidaridad. Nunca quisieron unirse, no podía haber unión porque ellas eran partidarias de lo que nosotros éramos oponentes. Hasta el día de hoy la Embajada trata de hacer una sola asociación pero no ha sido viable.

La Casa Chile sigue funcionando pero sin sede; perdimos la que teníamos en Los Yoses. Allí había dos hermosas salas de lectura: una llamada Pablo Neruda, que albergaba la biblioteca que bautizáramos con el nombre del Profesor Isaac Felipe Azofeifa, persona que durante el golpe y hasta su muerte siempre estuvo del lado de Chile y la sala Gabriela Mistral, siempre visitada por los niños.

Teníamos pinturas de Julio Escámez, Osvaldo Salas, Juan Bernal Ponce; mobiliario, una soda, efectuábamos peñas de música latinoamericana. Afortunadamente yo no estaba en la directiva que tuvo que decidir cerrar la sede; fue un sueño pero se hizo realidad. Tuvimos cerca de 500 socios, entre ellos muchos costarricenses y de otros países centroamericanos”.

Hablar del quehacer cultural josefino de estas décadas, sin aludir a las instancias antes referidas, así como a la presencia de otros migrantes centro y suramericanos, sería un ejercicio incompleto. Esos eran años especiales, épocas de dictaduras, de utopías, de simpatía por los perseguidos y de interés por ayudar. En términos generales, los brazos se abrieron. Como manifiesta el actor Luis Fernando Gómez: “Los chilenos son gente absolutamente enraizada en

Costa Rica, que se han ganado su puesto por su talento y capacidad de trabajo, por lo que han aportado y lo que aportan. Me alegra que ahora puedan ir cuando quieran, pero el tiempo muerto, ¿quién lo recupera? Ellos tendrán que vivir con esa herida. Yo veo a los chilenos tan metidos acá, que si bien de pronto uno acusa diferencias, estas no son más lejanas que las que pueda haber entre un guanacasteco y un cartago”.

TREINTA AÑOS DESPUÉS

Tres décadas más tarde, hombres y mujeres que querían volver al sur, caminan por la cintura central de América, en una geografía que han llamado patria, hogar, hijos, nietos, trabajo, sueños.

Los recuentos que cada quien haga de estos años pasan por su experiencia particular de exilio. Pero lo cierto y común es que su vida está partida:

“Uno es exiliado definitivamente, porque ya ves que han pasado treinta años y sigo viendo la televisión chilena. Una se acuesta con un último recuerdo, abre los ojos y tiene un recuerdo. A veces pienso: me gustaría estar. Pero he logrado superar eso porque creo que una es del lugar donde vive y allí es donde debe tratar de ser feliz”.

Los recuerdos de la infancia probablemente aquí no tengan con quién compartirlos, pero igual no será fácil encontrar en Chile interlocutores para lo que aquí han vivido y construido. Los retornos al regazo de la patria son las fiestas del 18 de setiembre, donde en medio de empanadas, vino y buen asado, “me vuelvo chilena y vuelvo a tener acento”. Los proyectos de vida comprenden un par de meses en Chile, ojalá en verano, para “regalonear y ser regaloneados” por los hijos, parientes y amigos que volvieron y esperan con ansias las tortillas, el café o los tamales de su patria adoptiva. Los desafíos ahora son estas paradojas.

Paradojas que también vive Chile y que forman parte de los planteamientos de diversas instancias, gubernamentales y no gubernamentales,

que promocionan la denominada “XIV Región”. Esta es una abstracción, un referente simbólico que pretende acoger a la comunidad chilena dispersa en el exterior y que reclama su derecho a ser parte, “a distancia”, del país que la procreó.

“Me emociona un poco que nos consideren la XIV región, que recuerden que existe gente afuera, es grato. A veces me da la impresión de que nosotros no les hacemos ninguna falta. Pero la XIV región debe pasar de ser un bueno signo y concretarse en hechos como el derecho a voto, la doble nacionalidad, la recuperación efectiva de talentos académicos y artísticos”.

Todo parece apuntar hacia un trabajo contra el olvido. El olvido, pariente cercano del ostracismo. “El ostracismo no le hace bien a nadie. Esa es otra forma de tortura”, me manifiesta Valeria Varas, cuando nos abrazamos en la puerta de su casa, bajo un torrencial aguacero que parece llegar hasta su María Elena natal, en medio del desierto de Atacama.

Olvidar es imposible. La fractura ha sido profunda y aunque muchos ya no se sientan exiliados, sí reconocen que el estado chileno tiene una deuda social con los que están fuera, en especial con las generaciones que se formaron o nacieron en los países adoptivos.

“Familias enteras fuimos arrastradas a un proceso en el que muchos jóvenes aún no teníamos capacidad de discriminar. No dejábamos de tener un pie en Chile porque no dejábamos de tener un pie en casa de nuestros padres. A los que quedamos regados, a los hijos de los exiliados, debería tener capacidad el estado chileno de integrarlos de alguna manera”.

Han pasado treinta años y ciertamente ha variado la visión del retorno, ya no es una urgencia sino una opción. Agruparse para darle sentido a la chilenidad y a los sueños políticos ya no es perentorio. Las familias se han reconstituido de formas distintas y probablemente nunca pensadas; los proyectos personales y profesionales variaron; la naturaleza de los cortes generacionales tuvo otras marcas; la incorporación de nuevos

códigos culturales influyó en la revisión de discursos como el patriarcal, donde el rechazo a la violencia y a la discriminación hacia la mujer fue contundente; pero serán las formas en que cada persona se haya ubicado en el contexto de las relaciones humanas y sociales, antes y después de este trasplante, las que hablarán sobre el saldo de esta experiencia.

En el caso de Costa Rica, las mujeres chilenas parecen coincidir en un balance positivo, lo mismo sentimos los y las costarricenses. La convivencia ha acrecentado los tradicionales lazos de amistad entre ambos países, se han enriquecido las visiones de mundo y el compromiso y la solidaridad con las causas chilenas y de otros pueblos ha sido el testamento político de este encuentro.

“Me siento en este país muy cómoda. Conseguí que mis hijos fueran todos gente decente, todos estudiaron, son profesionales. Adoro San José, que encuentro que no es la ciudad más linda del mundo, pero la adoro. Nos quieren, tenemos los colegas más maravillosos, compartimos el pan y el vino. No podría vivir un tiempo lejos de Costa Rica, añoro la lluvia con paraguas y sin chaleco. No hay queja. Hay un saldo positivo en nuestras experiencias que se debe también al país. Recuerdo que un día pasó al camerín el mismo Pepe Figueres y dijo: “Y esta niña, ¿quién es? Es Sara Astica. Ah, ¿ella es tica? No, don Pepe, es chilena. No, ella es tica, si hasta el apellido lo dice”.

BIBLIOGRAFÍA

- Allende, Isabel. (2003). *Mi país inventado*. España, Plaza & Janés.
- Asociación Casa Chile. (1991). *Estatutos*. San José, Costa Rica.
- Asociación Casa Chile. (1992). *Reforma de estatutos*. San José, Costa Rica.
- Casa Chile. (1994). *Boletín informativo*. Enero.
- Centro Cultural Costarricense-Chileno. (1982). *Boletín informativo*. Octubre-diciembre.
- Centro Cultural Costarricense-Chileno. (1986). *Boletín informativo*. Agosto.
- Comité Costarricense de Solidaridad con el Pueblo de Chile. 1985. *Boletín informativo del exilio chileno en Costa Rica, Chile hoy*. Abril-mayo.
- Diccionario Enciclopédico de Derecho Usual. (1979). Edición revisada, actualizada y ampliada por Luis Alcalá-Zamora y Castillo, Tomo 1, Argentina, Editorial Heliasta S.R.L.
- Freire, Marlinda, *La mujer latinoamericana. Perspectiva psico-social del exilio y retorno*. (en línea). Consultado 8 de mayo de 2003. Disponible en http://www.geocities.com/Athens/Agora/3572/freire_2001
- Galarce, Carmen. *El exilio y el discurso de la distancia*. (en línea). Consultado 15 de mayo 2003. Disponible en <http://www.choapa.org/conferencia.htm>
- Grinberg, León y Rebeca Grinberg. (1996). *Migración y exilio*. Estudio psicoanalítico. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva S.L.
- Moris, Cristóbal. (2001). *Second hand nostalgia*. 1 videocasete (22 min.), son., color.
- Neruda, Pablo. (1974). *Confieso que he vivido*. Colombia, Círculo de Lectores.
- Pilowsky, Judith y Carlos Torres, *Los efectos políticos y psicológicos del exilio*. (en línea). Consultado 8 de mayo de 2003. Disponible en http://www.geocities.com/Athens/Agora/3572/pilowsky_torres_2000.htm
- Rebolledo, Loreto y María Elena Acuña, *Narrativas del exilio chileno*. (en línea). Consultado 28 de junio. Disponible en http://www.hum.gu.se/ibero/publikationer/anales3.4/pdf_artiklar/rebolledo_Acuna.pdf
- Rebolledo, Loreto. *Mujeres exiliadas. Con Chile en la memoria*. (en línea). Consultado 1 de mayo de 2003. Disponible en <http://www.uchile.cl/cyberhumanitatis/cyber19/rebolledo.html>
- Sánchez Molina, Ana C. (2002). *Caricatura y prensa nacional*. San José, Costa Rica. EUNA.

Varas, Valeria. (1990). Cantando me defiendo. San José, Editorial Universitaria Centroamericana.

Varas, Valeria. (1993). Este oficio de mirar la aurora. San José, Editorial Universidad de Costa Rica.

Vásquez, Ana y Ana María Araujo. (1990). La maldición de Ulises. Repercusiones psicológicas del exilio. Santiago, Sudamericana.

Entrevistas:

Agradecemos la solidaria información suministrada por las siguientes personas: Bélgica Castro, Carmen Bunster, Carlos Morales, Elena Nascimento, Francisco Enríquez, Gustavo Adolfo Becerra, Héctor Morales, Hernando Cárdenas, Javier Guerrero, Gastón Gaínza, Lucho Barahona, Luis Fernando Gómez, Marcelo Gaete Astica, Marielos Giralt, Roberto Miranda, Mónica Perea, Ricardo Blanco, Alonso Venegas.